

Latinoamérica y el "Sentido de Iglesia"

Latinoamérica está siendo redescubierta. Pero esta vez no por un descubridor genial, sino por muchos países al mismo tiempo y por muchos sectores de la opinión y vida internacionales. Causas y efectos sintomáticos de lo que vamos diciendo son no solamente los grandes acontecimientos —alianza para el progreso, revolución cubana, guerra fría de Goulart con el Mercado Común europeo, viajes intercambiados de políticos internacionales con sede en L. A., grupos de estudio que "se interesan" por el sub-desarrollo...— sino más todavía por el reflejo de la prensa y opinión pública mundial sobre la importancia decisiva que puede jugar L.A. en la balanza multivalente de la historia contemporánea.

Y ¿qué posición ha tomado la Iglesia en este "descubrimiento moderno" de América? Con su visión de estadista internacional y Pastor Supremo de la Grey Católica, Pío XII, como en tantas otras cosas acertó en el trascendental papel de A.L. Su mente, siempre joven y emprendedora hasta el final, soñó en esa "cantera de católicos" —38% del número mundial— como la gran reserva de los futuros tiempos de la Iglesia. Pero conocedor también al mismo tiempo de la trágica realidad de nuestro continente no pocas veces, según cuentan de él, sintió interrumpir su descanso nocturno por la angustiada pesadilla del porvenir de la Iglesia latinoamericana. Nombramiento de cardenales, incrementación del clero, ayudas de otros países, formación de líderes —más adelante hemos de referirnos a un proyecto suyo— concesiones de facultades para la evangelización... ¡qué no quiso hacer Pío XII por la América Latina! S.S. Juan XXIII, el actual Pastor, bueno y valiente, que gobierna la Iglesia ha continuado e incrementando, si cabe, la línea de Pío XII. Sin tener en cuenta otros hechos que le han inspirado su amor y preocupación por América Latina como la firma de nuevos documentos y la creación de nuevos Príncipes de la Iglesia, bastaría la sola publicación de la última gran Encíclica social católica "Mater et Magistra" para consagrarse como Papa eximio conocedor y decidido solucionador de los problemas de la Iglesia y de los pueblos latinoamericanos y del mundo.

Los católicos latinoamericanos ante la Iglesia

Ante la constatación de estos hechos, surge espontánea la pregunta inquisitiva sobre la otra parte de la medalla: Ante ese descubrimiento universal de la nueva realidad de A. L., y en especial, ante esa conciencia que desde hace varios lustros hizo prever a los Sumos Pontífices la problemática y trascendencia de nuestro catolicismo, ¿tienen los católicos "sentido de Iglesia", tienen los católicos conciencia de ser miembros del Cuerpo Místico y Apóstoles Laicos en quienes reside una misión y una responsabilidad intransferibles? Para quienes conocen la proverbial superficialidad de nuestro Catolicismo, la respuesta debe resultar igualmente evidente: No, por desgracia nuestros Católicos no han "descubier-to" a su vez a la Iglesia. No conocen de ella más que una pequeñísima y fragmentaria realidad: su realidad administrativa, su realidad sacramen-

tal (y muy limitada por cierto en profundidad y extensión) y su realidad de culto externo popular, la más amplia de las tres pero viciada también ella por mil supersticiones y deformaciones. Sin embargo, de todo esto no negamos el millagroso sustrato de "instinto" cristiano que bajo cien capas de paganismo subsiste aún en nuestro pueblo sencillo, paciente y sentimental.

Vayamos profundizando en el tema. Sin intentar ser exhaustivos, quisiéramos fijarnos hoy en varias causas, manifestaciones y remedios de esa falta de "sentido de Iglesia" que tan urgentemente necesitamos para la solución de nuestros problemas sociales y morales.

Partiendo de nuestro sub-desarrollo

No voy a repetir aquí lo datos bien difundidos ya gracias a organismos internacionales de nuestra demografía explosiva coincidente con el retraso cultural, social, económico —que en eso consiste el sub-desarrollo— de nuestros pueblos. Los ciento treinta millones de sub-alimentados y los ochenta millones de analfabetos enmarcan bien todos los demás rasgos sombríos de déficits en la Agricultura; de falta de Industrias; de ausencia de infraestructuras de injusticia humana, de anarquía en los mercados, de fuga de capitales, etc., etc. Ni voy a ennegrecer más el abismo con el despilfarro oficial en ciertas naciones de lo que otros hambreadan para vivir, porque como muy bien dice el P. Le Bret "que los pueblos ricos consagren anualmente mil millones de dólares a preparar la destrucción es, sin duda, la más colosal locura que la Historia haya registrado nunca... No estamos ya en la civilización" —concluimos con el mismo Padre.

Quiero fijarme más bien en la íntima relación del sub-desarrollo con el Catolicismo, o mejor todavía en la postura de un laico con sentido de Iglesia frente al sub-desarrollo. En primer lugar todo católico, al igual que cualquier otro ciudadano está obligado —y más mientras más ferviente sea en la guarda de sus obligaciones de católico— a cooperar en la construcción de la ciudad terrestre. El cielo se gana en la tierra, y no hay mejor obra de misericordia que cumplir cada cual con sus obligaciones de estado. Pero demos un paso más, y transcribamos para ello unos profundos conceptos del Emmo. Cardenal Feltrin en su discurso del Congreso Mundial de Pax Christi de Octubre de 1960: No bastaría que el cristiano se dedicase con todo empeño al progreso técnico y material de los pueblos sub-desarrollados, solamente bajo ese aspecto y finalidad "temporal" porque, dice el Cardenal: "en la medida que el hombre desarrolle sólo sus virtuales temporales, y todas las energías que le hacen edificar la ciudad de aquí abajo, este acontecer está viciado en su raíz. Priva a la Historia de su principio motor... El desarrollo, en el fondo es una búsqueda oscura de Dios... El esfuerzo de los cristianos es precisamente el de "bautizar" sin descanso esta aspiración humana o la "plus-esencia", para eliminar de ella el pecado y para abrirla al don gratuito y sin medida del destino sobrenatural". Ahora bien, preguntamos nosotros: ¿quiénes son los que han de administrar este "bautismo" del que tan bellamente habla el Cardenal de París? Ciertamente no son los Sacerdotes, pues no les corresponde a ellos, por su carácter "sagrado" (de consagración al servicio y culto de Dios) edificar al mundo temporal. Desvirtuarían la misión sobrenatural de la Iglesia cuyos ministros son. No hablamos naturalmente de excepciones justificadas que pide la caridad, y a veces la urgencia. Son los laicos, formados

por la Iglesia docente, y llamados por ella a colaborar en su apostolado, bien personalmente, bien por instituciones apostólicas, bien directamente dependiendo de su Jerarquía, los que deben, siguiendo los dictados de esa misma conciencia así formada, encarnarse en las estructuras del mundo temporal, para transformarlas mediante la inyección de doctrina y vida de la Iglesia y mediante el testimonio de su propio ejemplo heroico de cristianos. En América —y esta es la fuerza final de nuestra argumentación— es tanto más necesario esto cuanto la evangelización y extensión del reino de Cristo se encuentra tantas veces condicionada por las condiciones sociales y económicas infrahumanas del sub-desarrollo.

Mientras los seglares de la Iglesia sigan identificando el apostolado con “un asunto exclusivo de sacerdotes” y mientras no miren en su acción diaria temporal, profesional, el campo más específico —y formidable— de esa acción apostólica que la Iglesia les confía, no veremos avanzar a su debido paso la cristianización de nuestros pueblos, y por el contrario, continuará acentuándose el divorcio entre la vida y la Religión, liberalismo dogmático y moral del ambiente que llega a laicalizar y consecuentemente paganizar a las masas, las costumbres y las conciencias.

Preparación de los cristianos y formación de líderes

El hecho del divorcio entre la vida y la Religión, que acabamos de apuntar como una consecuencia debida al menos en parte a la falta de sentido de Iglesia en los seglares que no conocen su misión ante el mundo temporal de transformadores de estructuras, nos lleva a una revisión sincera de un doble aspecto de nuestra pastoral. En el primero voy a insistir poco, pues deseo detenerme más en el segundo. Inconscientemente, debido quizás a querer salvar la moralidad sustancial necesaria para la salvación —valga la redundancia— hemos reducido o enfocado nuestra formación de las conciencias cristianas a adquirir una limpieza de alma un tanto individual y negativa, que tiene bastante de egoísta y algo de simplista en cuanto a la práctica se refiere. “Si yo pecco, yo me confieso y comulgo, y ya está”. Vivir la vida en que Dios me puso, cumplir en ella la misión de miembro vivo del Cuerpo Místico de Cristo como apóstol que soy... eso no lo han oído mucho en nuestros sermones y clases de Religión de que “esto y esto es pecado y por tanto no se puede hacer esto ni aquello”...

Pero si queremos transformar las estructuras temporales mediante seglares cristianos bien informados y formados en su sentido de Iglesia, no podemos contentarnos con la predicación masiva, aún bien orientada según lo expuesto, es menester escoger de entre ellos los de más cualidades, y enfocar nuestra Pastoral, y en especial nuestros Movimientos de Apostolado Seglar, a la formación de líderes. El fin supremo de la Acción Católica —apresurémonos a decirlo— no es buscar quien nos ayude dentro del templo en repartir hojitas o dar avisos, ni aún el formar catequistas, o promotores de la beneficencia en los barrios pobres, labores por lo demás necesarias y meritorias; el fin de la Acción Católica es el formar un ejército de líderes para todos los campos de la vida: político, industrial, obrero, estudiantil... El “sentido de Iglesia” en América Latina nos pide urgentemente a nosotros, los Sacerdotes, y a los Dirigentes Laicos, revalorizar la vigencia y eficacia de nuestros Movimientos mediante la rectificación de este Norte en la ruta

que hemos emprendido. Entonces sí, estos selectos así preparados con esmerada formación espiritual, intelectual y práctica, son los que han de transformar las estructuras, son los que han de acabar el divorcio entre la vida y la Religión porque con su ejemplo, influjo y capacidad destruirán el mito de que la Religión se ocupa de las nubes, pero que los hombres y los negocios, la política y la cultura y la educación son asunto del Estado o lo que es peor, incumbencia de los ateos y materialistas. Estos líderes así formados son los que han de formar focos de luz y de fuerza cristianas en los campos y dominios donde no llegue la acción del Sacerdote; y núcleos de resistencia a quienes se arriman los demás en busca de apoyo, cuando, como ocurre en Cuba en estos instantes, esas ovejas de valer y de valor se transforman en perros guardianes hasta que puedan volver los Pastores, tantos Sacerdotes y Religiosos expulsados.

Para dejar redondeado el tema esbozado, señalemos algunas ideas obvias —pero que a veces se olvidan— sobre dicha formación. Formar un líder católico no es cosa fácil. No pidamos tantos milagros a Dios. Supone empleo de personal apto, energías, tiempo y dinero. Pero si estamos convencidos de su necesidad, no nos detendremos en las dificultades. Dedicaremos Sacerdotes y Laicos de valor para que se consagren exclusivamente a esa labor, aún quitándoles de otros puestos en que también hacían falta. ¡Cuántas veces un Sacerdote dedicado a formar juventudes, llena de jóvenes las Parroquias de la Diócesis, jóvenes antes ausentes y ahora presentes por el influjo y formación de un Sacerdote en unos cuantos líderes que sirvieron de “puente” para atraer a esos alejados. Pero aun todos los demás Sacerdotes deben reservar una parte de su labor semanal para que puedan invertirla en esa labor personal indispensable, conscientes de la dignidad y trascendencia de los laicos en la Iglesia. Esa formación finalmente debe ser espiritual (moldeando el alma y el corazón), intelectual y práctica, mediante un movimiento organizado de carácter apostólico que al tiempo que va haciendo fraguar en nuestros hombres el sentido de Iglesia (en amor y adhesión a Ella por encima de cualquier interés temporal) vaya adiestrando a los futuros líderes en la visión realista de los hombres y de las cosas, en el trabajo coordinado y multiplicador de los equipos, con el arma de la encuesta (ver-juzgar-actuar) de cuya eficacia se hace eco la Encíclica “Mater et Magistra”.

Su Santidad Pío XII al referirse en su Discurso en el II Congreso Mundial del Apostolado Seglar al tema que nos ocupa, aconsejó solemnemente a los Militantes de América Latina la creación de un Centro Interamericano de Formación de Líderes. No creo necesario explicar las consecuencias altamente beneficiosas que se seguirían de la organización de un medio tan eficaz como necesario. Muchas ideas y argumentos que hemos expuesto a lo largo de nuestro trabajo corroboran la urgencia de hacer realidad tan preciosa y autorizada sugerencia. Más aún, si, como creemos dicho Centro creado con un espíritu amplio, realista y práctico sirviera para complementar la labor de coordinación y aliento a que está llamada la C.E.L.A.M. (Conferencia Episcopal para Latinoamérica). Los Excmos. Sres. Obispos podrían encontrar en dicho organismo espiritual, apostólica, social y práctica de sus líderes que volverían a sus respectivos puestos de militancia de cada país con nuevo espíritu más universalistas y un adiestramiento más eficaz para la lucha. Me atrevería a decir que este tiempo previo al

Concilio Ecuménico sería un momento precioso para comenzar el diálogo que haga pulsar las aspiraciones, prever los obstáculos y vencer las dificultades hasta lograrlo.

Confianza, disciplina y organización

Nuestro sentido de Iglesia —de Sacerdotes y Laicos— debe hacernos finalmente llegar a la revisión de nuestro interior, para descubrir allí las raíces mismas de las manifestaciones externas. Ahorrando circunlocuciones y rodeos vayamos a la Ascética, y sinteticemos nuestro pensamiento en una frase: **Más amor a la Iglesia y menos amor propio.**

El sentido de Iglesia nace en gran parte de nuestro amor a la Iglesia. Hay muchos cristianos —y ahora pienso especialmente en muchos jóvenes, aún educados en Colegios de Religiosos— que, por un motivo o por otro, a pesar de creer en los Dogmas de la Iglesia, no creen en la Iglesia. Es decir, no confían en la Iglesia. Y como la confianza es la primera manifestación del amor, podemos decir que no aman a la Iglesia. No les pidamos, pues, sentido de Iglesia. No me interesa ahora señalar culpabilidades. Cada cual, —familia, catequesis, educación de los Colegios, formación de la Acción Católica...— acepte su parte si la tiene. Lo que nos interesa ahora es que este amor a la Iglesia al darnos el "sentido de Iglesia" nos hará querer "sentir con la Iglesia" con todas sus consecuencias de adhesión negativa de no murmurar (...sería largo el comentario), y positiva de seguir sus orientaciones y sus planes de acción: Esto nos llevaría de la mano a un tema, que sería objeto de otro artículo como varios de los aquí insinuados, y que es el de la formación de una recta mentalidad social que nos haga enjuiciar problemas y actuar sobre ellos según los principios y directrices del Evangelio y de la Jerarquía. Mentalidad social que nos lleva si a desear liderar esa revolución (transformación radical y urgente) que necesita la América Latina, pero que no tiene que ver nada con esas posturas exhibicionistas de discursos y artículos tan ruidosos como estériles, que sólo buscan llamar la atención pero que no pueden "cambiar" nada porque los mismos que lo pronuncian no están dispuestos a dejar nada que les suponga renuncia de su dinero y de sus comodidades.

El amor y sentido de la Iglesia nos llevarán como última consecuencia, no sólo a confiar en

la eficacia de su enseñanza y de su misión y a procurar apropiarnos sus criterios y secundar sus planes "nada sin el Obispo", decía San Ignacio Mártir —sino que además y en particular nos llevará a organizarnos, según sus mismas orientaciones, en la coordinación amistosa y en el diálogo del trabajo en equipo.

Un eminente de la Sociología Religiosa, Mons. Boulard, nos decía en su reciente visita a Venezuela, que el peor mal de América Latina en el campo de la acción pastoral, no es precisamente la terrible escasez de clero —con ser tan pavorosa— sino la anarquía y división de las fuerzas existentes. Pero esa convergencia en el apostolado, o mejor de los apóstoles y dirigentes (sacerdotes y laicos) de los diversos movimientos, no podrá hacerse sino a base de una coordinación de fuerzas basada en el diálogo íntimo y humilde (sin amor propio, decíamos) del trabajo en equipo. Serán necesarios sí los decretos de las diversas jerarquías de los países, pero no olvidemos, por favor, la educación en la coordinación (el P. Lombardi la llama "Ascética de la unidad") mediante un riguroso ejercicio del trabajo en equipo. Especialmente se dirige esta recomendación a los Movimientos de Juventud y a los Seminaristas de los diversos cleros, para que desde entonces se habitúen a pensar juntos y a planear juntos en el cálido ambiente de la amistad juvenil. Es la hora de la acción... y de la unión, si en algún sitio en la América Latina.

Recapitulando

Todo esto, y no menos, abarca el sentido de Iglesia... Descubrir cada cual la Iglesia, la altísima dignidad de ser miembros de ella y de poseer una parte de su misión; su obligación, de aspirar a la santidad precisamente por el ejercicio de su profesión temporal para que por el testimonio de su ejemplo y la acción de su influjo se transformen las estructuras de este mundo pagano; selección y formación de líderes católicos, que esparzan la luz y la fuerza de la doctrina de la Iglesia por el valor intrínseco de la preparación que ellos han adquirido y por la eficacia de formar parte de un ejército pacífico y organizado de hombres unidos entre sí y unidos con la Iglesia a la que aman, en la que confían y a la que obedecen. Y así el sentido de Iglesia podrá salvar a la América Latina.

FERNANDO DE ARANGO, S. J.